

## LA MEGACRISIS

*Gastón Soubllette*

### **El déficit del ser y la pérdida del sentido**

La crisis que vive hoy el mundo se diferencia de las crisis que registra la historia pasada en su carácter planetario, lo que hace de ello un fenómeno histórico *sui generis* que compromete por igual a todos los pueblos, anulando sus características tradicionales, reduciéndolos a la categoría de miembros transculturados de un solo conglomerado humano.

En la historia pasada, cuando los ciclos culturales de los pueblos eran fenómenos históricos localizados en el espacio y cerrados en su propio desarrollo, las crisis, a lo más, abarcaban el área geográfica y las zonas de influencia de los imperios que levantaron las grandes civilizaciones antiguas, aunque en ciertos casos, como el del Imperio Romano, la reunión de muchos pueblos diferentes bajo una misma estructura de poder constituyó una anticipación parcial y aproximada de lo que después sería una civilización mundial.

Es pues el carácter planetario de esta civilización y la crisis que por eso vive hoy el mundo en todas sus

latitudes, lo que ha motivado la denominación de *megacrisis*, la gran crisis, la única, verdadera y definitiva crisis del género humano, cuya magnitud ha llegado a poner en peligro la continuidad de la vida en el planeta.

Cabe observar, no obstante, que el agente ecualizador que compromete en la crisis a todos por igual se presenta más como un elemento mecánico que como una verdadera influencia cultural de Occidente sobre los demás pueblos ajenos a su tradición. Es un hecho, sí, que el poder e influencia alcanzados por Occidente en los tres últimos siglos han difundido también la cultura occidental por el mundo, pero eso no es lo determinante en la tendencia ecualizadora que hoy se observa. Ese agente no es otra cosa que la tecnología, el sistema financiero que le es inherente y todo lo que de ello deriva como organización social y sistema político. Se podrá argüir que la tecnología es una creación de la cultura occidental y que su adopción por todas las naciones corresponde a una real influencia cultural. La verdad es que la tecnología occidental de hoy, que es el

instrumento de un creciente poder del hombre sobre el mundo, por su naturaleza se sustrae al concepto de cultura como una cosmovisión que determina la actitud creativa básica de un pueblo en su desarrollo histórico. Por eso, esta adopción de la tecnología, al no ser un acontecimiento espiritual que compromete la integridad del ser, carece de la trascendencia de lo que podríamos llamar una mutación cultural integrada. Se trata, como antes se dijo, de un hecho mecánico y únicamente material que irrumpe en la vida de los pueblos sin integrarse a sus tradiciones culturales y determinando violentamente las formas de vida que su adopción exige, lo que invade en su totalidad la existencia de las sociedades contemporáneas.

Para un mejor discernimiento de este tema, es preciso considerar que todas las culturas, independientemente de su envergadura material, han sido creaciones cuya motivación y fundamento es el hombre y el ser, pero que la actual civilización impuesta por Occidente al mundo entero lo es sólo de las cosas y del hacer.

Por eso, mientras todo progreso se mide en índices macroeconómicos y todo servicio al hombre es una empresa en la que necesariamente lo determinante es la noción de beneficio, lo que interesa de él es su necesidad, su situación de carencia a llenar o su capacitación y rendimiento, no su ser, y toda la ciudad humana está organizada de manera que el concepto de hombre implícito en el discurso que sustenta esa organización, sea despojado de lo esencial y definitivo en él.

Ahora bien, si la adopción irres-

tricta de la tecnología por parte de los pueblos ajenos a la tradición de Occidente ha traído para ellos cambios radicales en sus formas de vida, conlleva también el sustento ideológico de un discurso destinado a determinar sumariamente la realidad y definir la relación hombre-mundo como un conflicto, y la vida como una permanente batalla de creciente intensidad por dominar la naturaleza. De ello resulta la concepción del poder como un valor que de hecho adquiere hegemonía en la conciencia social y se alza como una meta, por sí misma justificada, de la conducta humana.

Cabe observar que ese discurso halla su más fiel versión en el idioma inglés, llevado a su más alto grado de aptitud operativa y reductiva en la modalidad hoy hablada en los Estados Unidos, idioma de pase para el inmediato entendimiento entre una y otra nación, justamente en un común ecualizador psicológico, esto es, el intelecto utilitario.

Este discurso corresponde a la máxima instrumentalización del lenguaje humano y ha condicionado todos los idiomas del mundo, infundiéndoles su estructura de pensamiento, forzando las palabras a perder su significación original y su riqueza semántica, para conformarse a una visión puramente operativa, inmediateísta, de la vida. Pero asumiendo este lenguaje reductivo todos los pueblos hacen suyos, también sin saberlo, los grandes supuestos que constituyen el modelo de cosmovisión implícito en él, y es sobre todo en ese aspecto de la influencia ejercida por Occidente en los pueblos de otras tradiciones culturales, que se echa de ver el poder sugestivo del habla occidental.

Pero esos supuestos, que en su conjunto constituyen el actual paradigma de cosmovisión de Occidente, no pueden ser considerados como culturales, sino como anticulturales, pues en su conjunto vienen a ser la negación misma de los valores en que se fundó originalmente la cultura occidental cuando era realmente una cultura. Y es aquí que parece pertinente traer a la memoria la iluminadora distinción que Oswald Spengler ha hecho entre cultura y civilización.

Esos supuestos constituyen afirmaciones derivadas e inconscientes, que conciernen a la determinación de la realidad por el pensamiento.

Entre esos supuestos cabe destacar, quizás como el más importante, la tajante separación hecha entre el sujeto y el objeto, por la cual toda definición de la realidad implica necesariamente una referencia a lo otro, no al sujeto observador como tal, que queda por eso extrapolado del campo determinado por la noción de realidad. Es así como el hombre se vuelve un extraño al cosmos en el cual habita, aquejado de la más radical soledad metafísica, al hallarse solo "frente" a la realidad a la cual, por definición, no puede integrarse, aunque de hecho sepa que ha venido a este mundo por una proyección de la vida y que originalmente nada hay en él que no le haya sido dado.

De esa concepción de la realidad deriva también la concepción de la vida como una perpetua batalla por someter a la naturaleza por medio de una tecnología cada vez más eficaz, previa reducción de ella a la categoría de mero "recurso", vale decir, reserva de materia útil para la satisfacción de necesidades e intereses.

De ese supuesto deriva también la concepción de la historia como el desarrollo de una secuencia témporo-lineal, acumulativa, a través de la cual los pueblos progresan avanzando por medio de conquistas sucesivas. Y es por esta vía que las naciones se han constituido en organizaciones competitivas para la repartición de la tierra por posesión o influencia, y ha sido en la selección natural que regula esta ley de la selva mundial, que se han destacado los grandes centros de poder que llamamos "grandes potencias".

Como antes se dijo, es en este complejo de premisas y conclusiones estrechamente trabadas que surge necesariamente el poder como un valor supremo, el cual, como bien lo hizo notar Nietzsche en su último libro, *La voluntad de poder*, subyace en toda forma de pensamiento y actividad del hombre occidental, incluyendo en ello, por supuesto, el dominio del hombre sobre el hombre en todas las formas del ejercicio del poder.

Los otros grandes supuestos que citaré más adelante exigen, para ser debidamente entendidos, que antes nos detengamos a considerar lo ya dicho en el sentido de la mecánica psicológica que todo ello implica.

### **La conciencia participativa**

Cabe considerar que todas las culturas del pasado, por muy diferentes que hoy parezcan, están basadas en un paradigma original y común de cosmovisión. En ese paradigma el hombre se halla inserto en el concierto universal, no sólo por tener un cuerpo constituido de "tierra", "agua" y "aire", sino también porque su ser consciente está igualmente inserto

en el complejo fenomenal como "conciencia participativa".

La conciencia participativa, que es característica de la cosmovisión de todas las culturas del pasado, incluida la cultura occidental antes de Newton y Descartes, se basa en el supuesto no explicitado de que el acontecer cósmico tiene una dimensión síquica. La psicología junguiana, que se ha ocupado en profundidad de este tema, por esta vía se ha vinculado con la antigua concepción del mundo como fenomenología de la conciencia. La cuestión es ardua y exige para su comprensión de una receptividad no condicionada por la lógica tradicional. Dicho en pocas palabras, los descubrimientos de Jung en este campo apuntan a que la mecánica del acontecer así llamado objetivo, debidamente investigada en relación a un observador determinado, revela no ser tan objetiva como podría creerse, toda vez que lo acontecido, para el observador, tiene relación analógica con los contenidos más determinantes de su conciencia. En este orden de ideas podría decirse que no hay un acontecer independiente de un ser consciente que lo presencia como acontecer personal, es decir, no hay un acontecer nouménico, sino un complejo fenoménico en constante mutación, pero cuya secuencia espacio-temporal se ordena espontáneamente conforme a imperativos mentales, sin que el sujeto observador pueda escrutar racionalmente este encadenamiento.

Dicho esto último sobre todo para el hombre occidental de los últimos siglos, porque este encadenamiento no causal entre los contenidos de la conciencia y los sucesos aparente-

mente externos que ocurren en el ámbito de nuestra observación, era en realidad mucho más patente para el hombre antiguo. Por eso, cuando antes se dijo que las experiencias de Jung se habían vinculado con la antigua vivencia del mundo como fenomenología de la conciencia, se estaba aludiendo más al sentimiento generalizado que todo hombre del pasado tuvo del substrato mental del mundo que a teorías de filósofos. Aunque ciertos filósofos antiguos implícitamente hicieron referencia a ello, como fue el caso de Confucio en sus comentarios al *Libro de las Mutaciones*.

Tal es el aporte que la ciencia puede hacer para aproximarse al concepto de conciencia participativa, lo cual prepara el campo conceptual para entender el principio básico de la filosofía vedanta hindú, vale decir, que el mundo, como se presenta al hombre, es una apariencia proyectada por la mente, en sánscrito *maya*, es decir, "ilusión", o como dice el *Yoga-Sutra* de Patanjaly: las cosas existen como tales sólo para el vidente.

Ahora bien, esta relación participativa del ser consciente con el contexto cósmico hace del acto cognoscitivo un acontecimiento en el cual sujeto y objeto no están separados, sino integrados en una sola instancia del acontecer universal. Para el budismo zen, conocer el mundo es conocer la mente, porque todo es pensamiento; así es como el hombre, creyendo dar cuenta del mundo circundante, no hace más que dar cuenta de su experiencia mental con las manifestaciones del ser que es él mismo. En este sentido, célebre es en

los anales del zen la pequeña anécdota de dos monjes que al ver ondear una bandera al viento preguntaron a su maestro si era el aire el que movía la bandera o la bandera la que movía el aire, a lo que el maestro respondió: "Es la mente la que se mueve".

Jung denominó "sincronicidad" a esta relación de conciencia y mundo, la cual resultó ser, por lo demás, la clave maestra de su terapia. La alusión al tiempo que esta denominación implica se debe a que en su enunciado, como definición globalizadora, se expresa en los siguientes términos: El universo es un macrosistema en el cual no hay fenómenos aislados. Todos los fenómenos pertenecen a sistemas de fenómenos, y todos los sistemas de fenómenos están interrelacionados entre sí, de manera que lo ocurrido en un instante del tiempo en cualquier punto del universo está relacionado con lo ocurrido en ese instante en todos los puntos del universo.

Como se puede deducir fácilmente, en este enunciado está incluida implícitamente la relación analógica existente entre el acontecer cósmico y el acontecer síquico, en la medida en que éste también es cósmico, es decir, enraizado en el inconsciente.

Al hombre occidental puede resultarle chocante enfrentar afirmaciones como las del budismo zen, en el sentido que conocer el mundo a la postre no es sino conocer la mente. No obstante, la física contemporánea, sin proponérselo ni preverlo, se vio enfrentada a esta inquietante realidad cuando Heisenberg, investigando la estructura del átomo y el misterio de sus partículas constituyentes, llegó a un *impasse* insoluble,

en la medida en que sus experiencias e interrogantes se basaban en la estructura de pensamiento que correspondía a la dimensión de mundo en que él vivía, en la cual, como es lógico, hay cosas en el espacio y distancias entre ellas, desplazamientos e instancias temporales precisas, lo cual era un condicionamiento insuperable para pasar a un mundo donde la lógica nacida de esa experiencia de la realidad no rige. Así, por primera vez un científico moderno occidental se vio en la necesidad de revertir la mirada del objeto conocido al sujeto cognoscente para entender el acto de conocer como una instancia integrada, en la cual el conocimiento que el sujeto tiene de sí mismo es previo al conocimiento del objeto, en cuanto éste es un fenómeno que, como tal, viene a ser indefectiblemente un acontecimiento de la conciencia. El principio de indeterminación surgido de este *impasse* no es más que el reconocimiento de los límites de la mente como determinadora de la realidad.

En contradicción con estas experiencias fundantes de una nueva visión del mundo, está la tradicional forma objetiva del conocimiento, vale decir ilusoria, la cual continuará en las décadas siguientes de la historia en su vano empeño hasta desfallecer en el desierto de la misiones imposibles, si antes no acaba con todo lo que queda de la organización global de la vida en el planeta.

## Occidente y el mundo que le antecedió

A la luz de lo dicho se entiende por qué el hombre de la antigüedad

no llegó a desarrollar el conocimiento puramente objetivo, la ciencia que en él se basa, y el discurso que determina la realidad esencialmente como lo otro. Y la razón más profunda del porqué el hombre antiguo y el medioeval no alcanzaron ese estado de objetividad total que caracterizaba a la ciencia moderna antes de su crisis paradigmática, se halla en lo que antes quedó definido como una cultura del hombre y del ser, a pesar de que en todas las fases críticas de esas culturas hubo aproximaciones a esa objetividad que posibilita el discurso y la empresa manipuladora de la vida en gran escala.

Cultura del hombre y del ser significa que la cosmovisión asumida por una comunidad humana y las creaciones e instituciones que de ella derivan, es decir, eso mismo que llamamos cultura, tiene por centro el ser, fundamento común e invisible de todo lo existente, y el hombre, conforme a un modelo de excelencia que él realiza por su vinculación al ser, concebido como causa primera, divinidad, supremo señor, espíritu personificado, etc.

Así concebida, la cultura viene a ser la organización de la vida humana en vista a un modelo humano de excelencia y no a un sistema de conocimiento teórico y operativo en vista al desarrollo ilimitado de la capacidad constructiva del hombre.

Frente a este paradigma que determina el sentido de las culturas antiguas, la civilización occidental aparece como la única que ha consumado la total abolición del fundamento espiritual y humano de la cultura, al desvincular la mente

consciente del hombre de sus raíces inconscientes (vale decir, cósmicas), alcanzando la pura objetividad del testigo neutro que registra, combina y mide fenómenos, definiendo la realidad en una aparente asepsia científica, la cual, no obstante, es la condición para que el poder manipulador de la vida adquiera su máxima eficacia, actitud que se ha hecho extensiva a todos los aspectos de la existencia.

Estamos en presencia de una catástrofe espiritual sin precedentes en la historia, anunciada sí por acontecimientos del pasado en que hizo su aparición parcialmente, pero sin la radicalidad con que hoy se asienta como el modo de ser de una civilización mundial. Quien estudie la historia de Roma en sus tiempos decadentes podrá apreciar cómo la sociedad latina y todos los que fueron entonces influidos por la vía romana de vida, liberados de hecho de la sabiduría ancestral, pensaban, actuaban y sentían sólo en referencia a un proyecto civilizador que no era sino un despliegue ilimitado de poder que no guardaba relación con el paradigma de hombre surgido en la República, cuando la cultura latina estaba en su apogeo espiritual, porque está claro que el gigantismo característico de los tiempos imperiales acusa una pérdida de la medida humana y, en consecuencia, una crisis de sentido confrontada con los grandes mitos fundantes de esa cultura.

Ahora bien, esta desnudez lógica, esta pura objetividad, este frío registro factual cuantificado del pensamiento moderno, es la más extensa reducción que ha podido hacerse

del acto cognoscitivo, al extrapolar al sujeto, con toda su riqueza síquica y su vinculación al colectivo inconsciente de la especie y del cosmos todo, despojado del amor, de la intuición, del juego, del ocio creativo, de la poyesis como gesto revelador de un conocimiento espontáneo y no procesado, planteando al hombre sólo por su parcela pensante de vigilia. Por eso la frase "Pienso, luego existo", marca el comienzo de un proceso por el cual la sabiduría y la felicidad debían ser paulatinamente evacuadas del mundo.

Se entiende, por otra parte, que esto ha sido posible gracias a la vocación civilizadora de los pueblos arios de Europa, cuya capacidad operativa (anunciada ya en la tendencia abarcadora del imperio romano) no tiene parangón en otras familias raciales. Está claro también que la pagana valorización de este genio constructivo y dominador de los pueblos arios europeos es la base que ha hecho posible el mito nazi de la raza superior y el mito nietzscheano del superhombre. Y esto estanto más patente cuanto que en los tres últimos siglos ese genio europeo no va ya equilibrado por una conciencia reflexiva suficientemente serena y profunda que ordene y regule tal despliegue de energía conforme a un paradigma de hombre que sea el real fundamento de una cultura del hombre y del ser, vale decir, una sabiduría que armonice la acción del hombre con el sentido del mundo. En el medioevo, especialmente en los siglos XII y XIII, el fundamento espiritual de la cultura europea logró encauzar la energía creadora del hombre nórdico a maravillosos resul-

tados. A pesar de eso, ya en la arquitectura gótica, en la teología y la filosofía de la época se destaca como característica de la sicología nórdica un constructivismo sin objeto preciso, el cual en su propio despliegue halla su justificación, su meta y su motivación, a la manera de un arrebatado creativo desmesurado, cuya proyección acusa un insaciable anhelo de lo ilimitado. Posteriormente, la orientación global que la civilización occidental tomó desde los comienzos de la era industrial, da plena razón a esta observación sobre la cultura medioeval, y también a Spengler, quien ve en el motor interno de la cultura europea un sentimiento fundante y difuso que él denominó con el apelativo de "fáustico" y cuya íntima tendencia, según él, es lo ilimitado, sin advertir quizás que al vincularlo al personaje de Fausto de Goethe, está de algún modo diciendo que la cultura nórdica lleva oculto un ingrediente demoníaco.

De los antecedentes conocidos de otros pueblos y culturas, el Imperio Chino es el único caso histórico que podría por su envergadura compararse con el Occidente europeo; con todo, debemos admitir que las probables analogías de las tendencias de uno y otro universo cultural son sólo aparentes. China ha sido siempre grande en extensión territorial, población y envergadura de civilización, pero el imperio en que materializó su cultura política no fue una estructura dominante ni expansionista, vale decir, no fue un imperio como lo concebimos nosotros los occidentales con nuestra sicología competitiva y dominante. En cambio, su formidable energía creadora y

operativa sí fue, a diferencia de Occidente, orientada, y hasta se podría decir sublimada, por una sabiduría que siempre tendió a armonizar la acción del hombre con el sentido del mundo, evitando como un pecado la empresa titánica, y tal es, por lo demás, el secreto de su longevidad de cinco mil años.

## El sentido del mundo

Por esta vía nos vamos aproximando al siguiente supuesto que todos los pueblos del mundo asumen inconscientemente al adoptar el discurso occidental, el cual está referido a la noción de "sentido del mundo", lo que los filósofos chinos llaman "Tao".

En efecto, la conciencia participativa, que es supuesto y característica de todas las culturas del pasado, es inseparable de la noción de "sentido del mundo", vale decir, que el universo es una trama de referencias homogéneas, un cosmos y no un caos, y que en consecuencia el hombre debe desarrollar su vida en referencia al orden preexistente y no alterarlo por la elección de un punto de referencia arbitrario. En el dominio del pensamiento puro, el hombre occidental podría admitir aún esta proposición como verdadera, pero de la actitud fundamental que sustenta la empresa civilizadora occidental, y de la misma definición de cultura que se da en Occidente, vale decir, que la cultura ha sido creada por los pueblos para dar sentido, se infiere el supuesto básico de que originalmente no hay sentido, porque en última instancia los verdaderos valores o antivalores en que se funda una civilización se muestran más en lo que esa civilización de hecho hace

que en los que sus pensadores elucubran. Porque, de hecho, los valores en que se fundó la cultura occidental no están ya vigentes. De manera que la noción de "sentido del mundo", expresada básicamente en la noción del hombre y el mundo como creados por Dios puede, residir en el pensamiento de muchos, pero de hecho en Occidente no se concibe más sentido que el proyecto civilizador le quiera atribuir al acontecer. Y así ha sido cómo el sentido intrínseco del mundo ha degenerado en la noción de desarrollo o crecimiento, lo cual por sus resultados ha demostrado ser la negación misma del sentido del mundo. La noción de desarrollo sustentable no es más que el paliativo tardío que se pretende aplicar cuando se llega a evaluar el desastre producido por la tradicional noción de desarrollo.

La falta de receptividad del genio occidental moderno para hacer consciente el orden universal y sus implicaciones (que incluyen el hecho irredargüible de ser el hombre una obra de la vida y que, en consecuencia, nada hay en él que no le haya sido dado) es una consecuencia de la pérdida de la conciencia participativa, lo que a su vez es una consecuencia de la tajante separación que el pensamiento occidental ha hecho entre el sujeto y el objeto.

Desde la perspectiva del *I Ching* o *Libro de las mutaciones*, y del *Tao Te King* o *Libro del Tao* y de su virtud, la actitud de la civilización occidental moderna vendría a ser lo que Confucio llama una empresa titánica, esto es, una voluntad humana en rebeldía contra el Cielo, una fuerza depredadora que actúa

fuera y contra el sentido del mundo.

Sobre este particular, es interesante relacionar estas reflexiones con algunos de los mitos heroicos griegos, especialmente Prometeo, Teseo y Edipo, en los que la moderna psicología (Jung, Diel y otros) ve la actitud del hombre que se desvincula de la dirección trascendente del Cielo, esto es, del sentido de la vida, para construir un mundo trivial, intrascendente, reducido a la problemática puramente material de la ciudad. En el caso de Prometeo, degradando la inteligencia espiritual, y en el caso de Edipo, constituyéndose en tirano, matando a su padre, símbolo del espíritu, y desposándose con su madre, símbolo de la corporeidad, de la tierra, de lo material.

Cabe explicar, no obstante, que la falta de receptividad antes mencionada para captar el orden universal y sus implicaciones no excluye una intensa actividad de investigación científica que es característica del hombre occidental, cuya minuciosidad y penetración desafían toda otra búsqueda que en el mismo sentido se haya intentado en el pasado. Porque se puede pensar que el inaudito registro de fenómenos alcanzado en todas las ramas de la ciencia moderna supone naturalmente una receptividad extraordinaria. La verdad es que la manipulación de la vida en todas sus formas de que hace gala esta civilización, acusa, por sus resultados, una real falta de comprensión de la naturaleza de las cosas y del acontecer cósmico, ante la cual no se puede menos que cuestionar a fondo las supuestas verdades buscadas alcanzadas por las así llamadas conquistas de la ciencia, toda vez que las

representaciones de la realidad que sustentan los paradigmas cognoscitivos científicos, como las sucesivas revoluciones científicas lo demuestran, no son más que esquemas provisionarios que, por acumulación de experiencias contradictorias, se termina por desechar. Así, la vigencia de un paradigma es sólo una verdad operativa, relativa a lo que las sociedades dominadoras (no sólo de otros pueblos sino de la realidad misma) se han propuesto realizar con los avances de su ciencia en un determinado período de tiempo, porque el paradigma dominador, cuyo secreto motor es, como Nietzsche dice, la voluntad de poder, domina a todos por igual, sean seres pacíficos, contemplativos, reflexivos u hombres de armas, políticos o empresarios.

Así, la crisis del paradigma tradicional, incluso del que pusiera en vigencia la teoría de la relatividad, nos abre la ilimitada e inquietante perspectiva del principio de indeterminación, lo que coincide en la evolución histórica de esta civilización con el fin de los paradigmas ideológicos, sobre todo del de aquellas ideologías que se preciaban de estar basadas en una visión científica del hombre y de la historia. Para algunas mentes esclarecidas, esto despeja el campo a un sano escepticismo sobre las reales posibilidades del discurso manipulador de la vida, del que los paradigmas científicos y las ideologías han sido sus variadas manifestaciones. Porque el conocimiento derivado de una visión objetiva del mundo es sólo conocimiento de las apariencias, no del sentido, y de eso se ocupa sólo la parcela operativa de la mente, no su totalidad, porque el

hombre no sólo conoce con su parte pensante, sino con todo su ser, es decir, con el ejercicio integrado de toda su mente, incluyendo sus zonas inconscientes. Pero de eso sólo es capaz una conciencia que participa del orden universal y del acontecer cósmico y que en cierto sentido es el acontecer cósmico, lo cual sólo es posible en la medida en que el espíritu que discierne esté integrado a lo que en el hombre es superconsciencia intuitiva, lo que paradójicamente viene del inconsciente.

### La dinámica síquica

Todas estas afirmaciones suponen, claro está, una sicología racional cuyos conceptos habría que explicitar.

Todo acto consciente tiene un referente implícito al núcleo o centro llamado "sí-mismo" o *self*, al cual puede ser reducido, independientemente del pensar que derive de él. En relación a la mente, que es móvil y cambiante, que elabora, procesa y desarrolla el conocimiento, el centro o núcleo del acto consciente es inmóvil, del mismo modo que la velocidad de un cuerpo es relativa a un observador inmóvil que la percibe por contraste y mide.

Ahora bien, en la mente misma, en la cual el sí-mismo se identifica para vivir como propias las experiencias de relación a lo otro, puede distinguirse una conciencia esencial y una conciencia operativa. La esencial es arquetípica y capaz de captar el sentido, en cambio la conciencia operativa es racional únicamente y apta para organizar, verbalizar e instrumentalizar el conocimiento que brota de la zona profunda. La zona profunda que es el dominio del sí-

mismo es superconsciente, aunque desde la perspectiva de la conciencia operativa racional, que es la que está activa en el estado de vigilia, esa superconsciencia aparece como inconsciencia. Así, el estado que llamamos comúnmente consciente es más el dominio de la conciencia operativa que el de la conciencia esencial o del sentido. En este orden de ideas podría considerarse que un hombre sabio es quien ha armonizado ambos tipos de conciencia, evitando que la manifestación del sí-mismo quede reducida a sólo respaldar la actividad de la conciencia operativa, que por sí misma es reductiva. De este modo, el espíritu que discierne queda sometido al espíritu primordial, como dice el yoga taoísta, que desde la superconsciencia (no manifiesta directamente) irradia las amplias visiones que trascienden la contingencia de la cambiante mente racional.

Lo que llamamos "razón", que en el lato sentido de la palabra es la conciencia operativa, deriva de la misma raíz que "ración", es decir, "porción", y está referido a la capacidad de determinar la realidad por medio de nombres y conceptos, dividiendo, parcelando y fijando fronteras precisas.

Sabemos que toda creación del hombre es precedida por una intuición global e intemporal inconsciente, la cual con relativa rapidez irrumpe en el plano consciente, insinuándose primero como una leve mutación inicial, pero dotada de un gran poder sugestivo, capaz de movilizar una considerable energía síquica para plasmar en formas inteligibles lo que desde la superconsciencia presiona por adquirir su acabada

existencia en el espacio-tiempo.

Ahora bien, si todo conocimiento y toda creación tiene esa génesis, el drama del hombre occidental ha sido el de Prometeo, vale decir, robar el fuego al Cielo para entregarlo a los hombres, esto es, recibir las inspiraciones procedentes de la superconsciencia para hacer de ellas un uso trivial, con lo cual queda, como el titán, encadenado a lo material.

El mejor ejemplo que se puede hallar de esta temeraria afirmación es el caso del físico Albert Einstein, quien intuyó, instantánea y globalmente, como él mismo lo ha confesado, todo el sistema de la relatividad universal, y posteriormente a la formulación y desarrollo de su teoría, entregó al presidente Roosevelt su fórmula de la energía para la fabricación de la bomba atómica (como consta en un documento enviado por el célebre científico al jefe del Estado norteamericano de aquellos años).

Así, todos los mitos del héroe trivial que traiciona el sentido de la vida y profana la sacralidad original de las cosas, esto es: Midas, Teseo, Edipo, Orfeo y Prometeo, son, de hecho, aplicables a la civilización occi-

dental.

Con las reflexiones que anteceden, y volviendo al título del presente ensayo, podemos ahora precisar qué se quiere decir con las expresiones “déficit del ser” y “crisis de sentido”. Se quiere decir que es únicamente la conciencia operativa la que gobierna el mundo y define al hombre contemporáneo, lo cual implica que su pensar y su hacer carecen de un real fundamento ontológico, lo que, a su vez, es motivado por la ausencia de una disposición receptiva y una devoción de la vida para una sana integración con su ser más profundo, inconsciente y superconsciente. En consecuencia, el hombre contemporáneo está atrapado en la zona más superficial de su mente, de manera que su energía realizadora se pierde en el desglose permanente de una supuesta realidad pensada como objetiva, en cuya apariencia no cesará de registrar modalidades *ad infinitum*, sin que eso logre cambiar una mínima parcela de su calidad ética, y cuyos efectos nocivos sobre la trama global de la vida irán en aumento mientras no haga consciente su propia aberración síquica.

